ADOLESCENCIA Y SUICIDIO.

Alicia Weinstock, Viviana Lombardi, Laura Lueiro.

aliciawein@yahoo.com.ar

Unidades Académicas de Salud Mental: 00-17 y 85- 21: Dr. Ricardo Ilutovich. Departamento de Psiquiatría y Salud Mental. Facultad de Medicina UBA.

Resumen

¿Por qué un adolescente querría morir? ¿Qué empuja a un joven a realizar un acto absolutamente irreversible? Es un acto sin sujeto, una interferencia, un cortocircuito del pensamiento, el momento en que el pensamiento pega un salto y decide; un pasaje al acto ligado a la pulsión de muerte, que presenta la crueldad del super-yo.

El suicidio como modo de huir de una angustia real, desbordante (sin sospechar quizás que después viene la Nada) por medio del único acto que no es fallido, que no fracasa. El horror, la locura, franqueamiento de un límite, atravesamiento irreversible, marca un antes y un después.

El suicidio como trasgresión a la vida y al mandato bíblico que prescribe “no matarás”. Diferencia entre matar y asesinar.

¿El hombre es dueño absoluto de su cuerpo? ¿Hay derecho a disponer del propio cuerpo, hasta la forma extrema de destruirlo?

Suicidio intencional, violento, anunciado y otras formas de suicidio, como el suicidio encubierto, velado o el suicidio altruista.

Protagonismo del bullying, necesidad de reconocimiento, mostrarse a costa de un riesgo siniestro y perverso, desvergüenza, desenfreno. El imperativo de goce que reclama “probar de todo y todo”, se potencia y viraliza en las redes sociales.

PALABRAS CLAVE: Suicidio, Adolescencia, Pasaje al Acto, Redes Sociales.

Ante la gravedad del acto suicida nos interpelan múltiples preguntas ¿Por qué un adolescente querría morir? ¿Qué empuja a un joven a realizar un acto absolutamente irreversible? Pareciera un modo de tramitar la tristeza, un modo de huir de la **angustia**, pero sorprende que se efectúe de manera tan extrema y dolorosa. Con frecuencia es un acto desproporcionado que llega en respuesta a un suceso que lo desencadena o a una situación de tensión interior insoportable. En muchos casos, tratando de poner fin a una situación dolorosa, el adolescente llega al extremo de poner fin a su vida, sin sospechar que después viene la Nada.

¿Será que no encontró quien escuche el sufrimiento, el agobio, la desolación; será que no encontró otro modo de hacer con esos efectos?

Seguramente se ha encontrado con algo traumático, con algo que no encaja, y lo peor es que no tiene con qué responder a eso que ocurre. A veces ese exceso genera otro simbólico, a veces genera una catástrofe.

En esas circunstancias se presenta la ferocidad del super-yo; el superyó pide “**sacrificio**” y se desencadena la crueldad.

El acto suicida, más que un llamado al otro, es una mortificación dirigida al otro; la sombra de la muerte del joven recaerá en los deudos.

Recordemos que el adolescente es un sujeto de pertenencia grupal, y necesita establecer vínculos con pares. El **grupo** le brinda contención, acompañándolo y sosteniéndolo en los procesos de duelo, propios de esta etapa. El grupo protege, acompaña el crecimiento y otorga rasgos de identificación.

Si se produce una ruptura del lazo, el adolescente se transforma en un sujeto errante, desprotegido, desvalorizado. Puede sentirse arrojado a un vacío, y pasar al acto en calidad de objeto despreciado, tomado por un goce mortífero que lo lleva inexorablemente al “derrape”.

El suicidio lo alcanza en un estado de máxima ruptura con el **lazo social**, ya que el empuje al acto lo muestra en absoluta soledad. El lazo social se ha roto por carencia del soporte del Otro, produciendo angustia real y un sentimiento de soledad insondable.

El grupo también puede convertirse en un lugar en el que, por idealización del riesgo, cada integrante se vea convocado a **traspasar sus propios límites**.

Por ejemplo, el accionar de algunas bandas que se dedican a la delincuencia o el clásico "juego" de quién aguanta más tiempo parado en las vías cuando el tren se aproxima.

En los últimos años, un nuevo escenario nos muestra cada vez con mayor frecuencia adolescentes que, en estado de locura o desesperación, llegan a infringirse un daño corporal que va desde la laceración al suicidio.

En este nuevo escenario del drama del suicidio adolescente ganan cada vez más protagonismo dos elementos: el bullying y las **redes sociales**.

Hemos recogido innumerables publicaciones que presentan casos de jóvenes que deciden llevar su dolor a la escena pública, hasta filmar y mostrar on –line aquello que debe permanecer velado. Desvergüenza, desenfreno y obscenidad. Dentro del mundo virtual, la máxima visibilidad se torna un imperativo. Todo es exhibido según las reglas del espectáculo, exaltando la mirada glotona del voyerismo.

Entre los fenómenos más difundidos, ponemos en mención la presunta participación de chicos en el llamado “Desafío de la Ballena Azul”, un juego creado en Rusia y que se popularizó a través de Internet en el que se insta a los chicos a autoflagelarse y hasta a llegar al suicidio.

Uno de los casos investigados ocurrió en La Plata, donde los familiares de una chica de 12 años denunciaron que la menor se había producido lesiones en el brazo, presuntamente jugando a este juego popularizado por Internet.

El reciente estreno de la serie “Por Trece Razones” en Netflix, cuenta la historia de una chica de 17 años que se suicida y envía cassettes con mensajes a trece personas a las que culpa por su decisión. Esta serie genera polémicas, al plantear una controversia sobre si se trata de una herramienta de prevención del suicidio o si difunde un mensaje peligroso.

Estas mostraciones, en la clínica psicoanalítica se las designa como un pasaje al acto (1); un gesto sin palabras, intentando romper un estado de tensión psíquica intolerable. En el pasaje al acto el sujeto queda identificado con un desecho (2), logrando autoexpulsarse de una escena en la que no encuentra soporte. El sujeto se "deja caer"... es el correlato del pasaje al acto Y cae

esencialmente fuera de la escena: tal es la estructura misma del pasaje al acto (3). El acto participa de la misma lógica que el pasaje al acto, pero es el objeto el que cae, no el viviente.

Hay suicidios que son **actos** en sí mismos y, no pasajes al acto. Tal el caso del que dice: “Muero como yo quiero”, por ej. ante una enfermedad terminal incurable. Lo mismo se aplica para los suicidios altruistas en el que se elige perder la vida para salvar la de otro. Preferir morir puede ser un acto.

Existen ciertos suicidios muy especiales que se caracterizan como «**no violentos**», al mismo tiempo que aparece en ellos una satisfacción de la pulsión oral: huelga de hambre de la anorexia mental, envenenamiento lento de algunas toxicomanías por vía bucal, régimen de hambre de las neurosis gástricas. El análisis de estos casos muestra que en su abandono ante la muerte el sujeto intenta reencontrar la imago de la madre” (4)

También nos encontramos con suicidios que aparecen en forma **encubierta, velada**. No es un suicidio decidido; es el que se hace presente cuando un adolescente maneja alcoholizado o drogado, o se mete en situaciones o en deportes de alto riesgo: peleas, conductas delictivas, descuidos, falta de protección en relación a la sexualidad, etc. Adolescentes que están incurriendo en una de las formas más comunes de autodestrucción. La tensión va desde el pasaje de un límite a un atravesamiento irreversible.

El acto suicida acabado, a diferencia del **acto fallido**, es un acto logrado; es un acto que no falla, no fracasa. Es un acto sin retorno.

En Freud encontramos la idea del acto fallido, como acto fracasado respecto de una cierta intencionalidad (5). Acto fallido para el Yo pero exitoso para el inconsciente. Sería un instante de real que aparece sin saberlo y sorprende. Mientras el acto fallido se pone en acto, excluye a los pensamientos reprimidos. Esta disyunción entre acto y pensamiento nos lleva a considerar al acto en discontinuidad, es decir no como la continuación o el final de una serie de pensamientos. El acto se presenta como una interferencia, un **cortocircuito del pensamiento**.

El acto es sin sujeto, en el sentido de que ocurre, es acontecimiento, y en el instante en que acontece hay un cortocircuito, una interrupción del pensamiento. Es el momento en que el pensamiento pega un salto y decide.

El suicidio, en tanto acto logrado está ligado a la pulsión de muerte. El sujeto no trabaja para su bien, por el contrario, obra para su destrucción. El acto no calcula ningún bien.

Nuestra época deja a la pulsión a merced del desenfreno. El franqueamiento del límite, el atravesamiento de ciertas barreras, el horror, la locura. El sujeto avanza y traspasa incluso la barrera del horror al homicidio.

Por ser un acto de trasgresión absoluta a la vida, el suicidio muestra a las claras la ausencia de la función simbólica de normatividad del padre.

En la tradición judeo-cristiana, el suicidio estaba prohibido, considerándolo un **crimen** con connotación diabólica. También las familias eran castigadas y deshonradas, culpabilizadas.

Desde diferentes culturas, el suicidio ha tomado distintas significaciones. Se lo ha considerado ilegítimo, hasta negarle al suicida los honores de darle sepultura, amputándole la mano, y enterrándola aparte, etc.

Es necesario tener en cuenta la diferencia entre matar y asesinar. No está considerado como un delito matar en diferentes circunstancias, por ejemplo en defensa propia o en la guerra. La prohibición (sea por vía de la religión, sea por la vía del derecho, sea por la valoración cultural de cada época), la prohibición en tanto crimen, recae en el asesinato.

Si se siente que la vida ha sido dada por otro: el clásico reclamo “yo no pedí venir a la vida”, “mejor no haber nacido”, porque “venimos a la vida por un deseo que es de otros”; si el sujeto no se ha apropiado de la vida por un deseo propio, el suicidio puede ser tratado como un crimen.

Resulta imposible no remitirnos al mandato primordial que dios le prescribe a Moisés: "No mataras". Su transgresión era considerada un grave pecado, ya que no existía una elección sobre la propia vida, pues, la vida era considerada patrimonio de la voluntad divina. Dios te da la vida y te la quita.

Esto nos lleva a interrogar si **el cuerpo** es propio, en el sentido de una propiedad. ¿Es la propiedad última del ser humano? ¿El hombre es dueño absoluto del propio cuerpo? No va de suyo que la vida y el cuerpo sean propios. Nos preguntamos ¿hay derecho a disponer del propio cuerpo, hasta la forma extrema de destruirlo?

El acto suicida puede que sea anunciado o sigiloso, decidido o impulsivo o tome la forma que sea. Después vendrán los comentarios, las interpretaciones, pero eso es del orden del después. El suicidio marca un antes y un después. Quedará siempre un **Real No Sabido**, que hace imposible develar el sentido misterioso y oculto del acto suicida.

- (1) Freud, Sigmund: "Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina" (1920)
- (2) Lacan, Jacques: "Seminario 10. La Angustia. Clase 8" (1963)
- (3) Lacan, Jacques: "Seminario 10. La Angustia. Clase 9" (1963)
- (4) Lacan, Jacques: "La familia" (1938)
- (5) Freud, Sigmund: "Psicopatología de la Vida Cotidiana" (1901)